

JUAN MARÍA LABOA GALLEGO

Reflexión sobre las raíces cristianas de Europa

28 DE ABRIL DE 2005

JUAN MARÍA LABOA GALLEGO

NACIÓ EN PASAJES DE SAN JUAN (GUIPÚZCOA)
EL 15 DE AGOSTO DE 1939.

LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y EN TEOLOGÍA POR
LA UNIVERSIDAD GREGORIANA.

LICENCIADO EN HISTORIA POR LA UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE.

DOCTOR EN HISTORIA DE LA IGLESIA POR LA UNI-
VERSIDAD GREGORIANA.

PROFESOR ORDINARIO EN LA UNIVERSIDAD DE
COMILLAS (1969-2004). DENTRO DE ESTA UNIVER-
SIDAD FUE DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE HISTO-
RIA DE LA IGLESIA DURANTE OCHO AÑOS; DIRECTOR
DE LOS CURSOS DE FORMACIÓN PERMANENTE DU-
RANTE 15 AÑOS Y JEFE DE RELACIONES PÚBLICAS DE
LA UNIVERSIDAD DURANTE TRES AÑOS.

PROFESOR EN LA FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN.
DÁMASO (1969-2004).

PROFESOR DE HISTORIA DE LAS CONSTITUCIO-
NES ESPAÑOLAS EN LA FACULTAD DE CIENCIAS PO-
LÍTICAS EN LA UNIV. COMPLUTENSE (1972-83).

PROFESOR INVITADO EN LA UNIVERSIDAD SAN
PABLO-CEU (1991-1996).

PROFESOR INVITADO EN LA UNIVERSIDAD HIS-
PANOAMERICANA (MÉXICO) Y EN LA UNIVERSIDAD
ANAHUAC (1979).

PROFESOR INVITADO EN LA FACULTAD DE CIE-
NCIAS DE LA INFORMACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE
SALAMANCA (1997).

PRESIDENTE DEL COMITÉ MINISTERIAL DE EVA-
LUACIÓN DE LAS FACULTADES ECLESIASTICAS POR-
TUGUESAS (2001).

FUNDADOR Y DIRECTOR DE LA REVISTA DE TEO-
LOGÍA *COMMUNIO* (1978-1989).

FUNDADOR Y DIRECTOR DE LA REVISTA *XX SI-
GLOS DE HISTORIA DE LA IGLESIA* (1990-).

ES AUTOR DE NUMEROSOS LIBROS Y ARTÍCULOS
SOBRE CUESTIONES DE HISTORIA DE LA IGLESIA Y
OTROS ASPECTOS DOCTRINALES.



IMPORTANCIA DE LA MEMORIA HISTÓRICA

Una persona sin memoria está perdida; un pueblo sin memoria histórica es un pueblo perdido y sin una identidad clara. En nuestra sociedad se está produciendo un rechazo, más o menos consciente, del pasado, considerado siempre negativamente. La memoria histórica está siendo sustituida por estereotipos simplificadores, sobre todo debidos al exclusivo y acrítico culto al presente. El pasado parece haber desaparecido y el futuro no interesa, como no sea como proyecto económico. La falta de raíces y el rechazo de la escatología nos empobrece hasta límites insospechados.

Incluso en nuestros ambientes cristianos el conocimiento de nuestra historia roza los mínimos permitidos. A menudo da la impresión de que nos encontramos ante los inicios de una nueva religión, de que por primera vez se están poniendo en práctica normas evangélicas que parecerían no haberse puesto nunca en práctica. El desconocimiento del pasado no sólo empobrece nuestra cultura sino que cuestiona nuestra teología. El cristianismo es una religión fundamentalmente histórica, y la peregrinación del pueblo creyente, guiado por el espíritu, es un lugar teológico fundamental. El «ya pero todavía no» constituye una categoría de interpretación y comprensión que debemos tener siempre en cuenta.

San Agustín pudo extraer de la historia su argumentación para la «Ciudad de Dios», y el catecismo del III Concilio de Lima fundaba alguno de sus motivos de credibilidad en esa misma historia. Europa y los europeos tienen que aceptarse a sí mismos tal como han sido y son, críticamente, pero sin complejos. Hoy el tema de las raíces cristianas de nuestro continente está de nuevo en la palestra. Quisiera ofrecer aquí algunas reflexiones sobre el tema.

CONÓCETE A TÍ MISMO

El de las raíces cristianas no es un discurso nostálgico, apologético o integrista, como si los cristianos fuéramos ciudadanos que nos amparamos en el pasado cuando no sabemos cómo afrontar el presente. No se trata de defender nuestros intereses, sino de conocer nuestra historia tal como ha sido.

El mensaje cristiano, por el contrario, ha sido y es buena nueva para los europeos, los americanos y los pueblos de los diferentes continentes. Los pueblos europeos, fruto de la amalgama de aborígenes y emigrantes de todo tipo, han recorrido todo el mundo transmitiendo su cultura y sus valores, fruto de su fe y de los posos de la cultura grecorromana. El cristianismo, en sus relaciones con el esfuerzo cultural humano, dio vida a tres elementos fundamentales de la civilización europea: el profesismo, el sacerdocio y la realeza, que están en la base, respectivamente, de la vida espiritual, de la ciencia y de la ley. En la historia europea que va del siglo V al XIII se puede constatar el rol esencial ejercido por el cristianismo en sus expresiones litúrgicas, monásticas, organizativas, en la creación de nuevos hábitos y costumbres, de una nueva espiritualidad, de un nuevo sentido de la sociedad y del Estado, y del nacimiento de la universidad y los ayuntamientos. Al ser evangelizada, Europa quedó unida con una misma fe, unos valores comunes y una cultura trabajosamente elaborada. Conocer nuestras raíces es conocer nuestra historia y buena parte de nuestros componentes actuales, y tiene mucho que ver con lo que se ha transmitido a otros países.

EL MENSAJE SOCIAL DEL EVANGELIO

El Dios de las raíces cristianas no sólo es el Dios del poder y de la victoria, sino también el Dios del perdón, la misericordia y la justicia. Desde el primer momento el Dios anunciado por Jesús fue el del perdón y la misericordia, y su evangelio fue el del amor y la beneficencia. «Tuve sed y me dísteis de beber; tuve hambre y me dísteis de comer; era forastero y me habéis recibido; desnudo y me habéis cubierto; enfermo y vinisteis a visitarme; encarcelado y vinisteis a mí. En verdad os digo que lo que habéis hecho a uno de mis hermanos, me lo habéis hecho a mí» (Mt.25,35ss.).

Estas palabras de Jesús influyeron de manera determinante en sus discípulos, de forma que su predicación y su actividad se caracterizaron por el amor y la beneficencia. «Uno solo es vuestro maestro; vosotros todos sois hermanos», les decía, y les inculcó la idea de la entrega y del servicio. «Quien quiera ser el primero entre vosotros sea el servidor de todos; porque el mismo hijo de Dios no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en redención de muchos». La nota fundamental de la predicación de Jesús podría condensarse en estas palabras: «Beatos los misericordiosos», y Dios se convirtió en el «Padre de la misericordia y el Dios de la consolación».

El Evangelio se convirtió en un mensaje social, en una palabra de fraternidad, noción con mucha más fuerza y compromiso que la de solidaridad. Su planteamiento y consecuencias no constituyen un fenómeno accidental en la historia del cristianismo y de Europa, sino un elemento esencial.

Siglos más tarde, Fray Pedro de Gante escribía desde América a propósito de una enfermería fundada en 1532: «Allende de los que en casa son enseñados vienen otros a ser curados, que es mucho refrigerio para los pobres y necesitados, y ayuda para la conversión, porque conocen la caridad que entre los cristianos se usa, y así son convidados a la fe y querernos bien, y conversar con nosotros».

Jesucristo curó y enseñó al mismo tiempo. Entregó su doctrina y se preocupó por las enfermedades de quienes le escuchaban, de su pobreza. Sus discípulos hasta nuestros días, en sus mejores momentos, han sabido integrar la importancia de la enseñanza y de la praxis.

El reto, el aldabonazo más fuerte a las puertas de la Iglesia ha sido siempre la injusticia, la pobreza, la marginación, la desigualdad radical entre quienes han sido creados iguales y son hijos de un Padre común. No podríamos comprender la historia de la evangelización si no atendiéramos a su planteamiento social. A lo largo de los siglos y de los continentes ambos aspectos se han mostrado interdependientes.

La evangelización de los indígenas americanos y africanos ha constituido también un problema de promoción y modelación humana y de liberación social. Porque su cristianización tenía que ir precedida de un proceso de humanización. Y ésta debía partir de la promoción de los indígenas, de su recuperación como hombres y como personas. Para ser cristianos debían primero aprender a ser «hombres» y a vivir como tales.

Esta fue la prueba habitual de los misioneros, obligados a crear primeramente las condiciones de vida humana, antes de crear las cristianas y así una sociedad plenamente cristiana. «Si lo temporal va bien, escribía el misionero Cardiel, lo espiritual va muy bien. Si lo temporal va mal, lo espiritual va muy mal».

En efecto, desde los primeros momentos de nuestra historia, los cristianos mostraron en la práctica que el servicio del hombre es criterio de autenticidad de la experiencia de Dios, y que esta experiencia resulta imprescindible para que el servicio del hombre no desemboque en deseo de dominación bajo nuevas formas. Se trataba, una vez más, de la manifestación de que no redime el poder sino el amor.

LA INTEGRACIÓN DE LOS EMIGRANTES. IDENTIDAD FRENTE A RELATIVISMO

Europa está conformada por oleadas de emigrantes que, de manera más o menos complicada o traumática, llegaron a integrarse con los pueblos nativos. En nuestros días se está produciendo una novedad absoluta, la llegada de masas islámicas que se

asientan en nuestro país, es decir, de masas que poseen otra religión, otra cultura y otras tradiciones históricas, casi siempre en contraposición con los pueblos y tradiciones cristianas.

El multiculturalismo que creciente y apasionadamente se demanda ahora se convierte, con frecuencia, en un intento de renuncia y huida de lo que es uno mismo. Esta actitud termina por negar la complementariedad de culturas, pues sólo cuando uno acepta los valores de su cultura puede aceptar y respetar otras culturas y fes. Hoy más que nunca resulta imprescindible conocer y valorar la identidad propia. El relativismo imperante lleva a una descomposición social, en la que tienen las de ganar aquellos pueblos que la tienen clara y la defienden.

AUTONOMÍA DE LA RELIGIÓN Y DEL PODER CIVIL

Las constituciones europeas han adoptado diferentes modelos normativos para garantizar la libertad religiosa, para diferenciar religiones y política y, sobre todo, para no confundir Derecho Canónico con Derecho Civil. Apelar a las raíces cristianas es hacer memoria de la imprescindible separación entre la Iglesia y el Estado, tal como enunció el papa Gelasio en famosa carta al emperador bizantino Anastasio¹. «A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», dijo Jesús, apuntando una novedad absoluta en la historia de las religiones anteriores o en el Islam posterior, que confunden la religión con el Estado. El cristianismo, incluso en sus momentos más confusos, ha distinguido entre la fe y la política, entre la religión y el Estado, y ha defendido el ámbito de la conciencia y de la libertad interior. Cuando el Concilio Vaticano II defiende la libertad de conciencia en ese precioso decreto «*Dignitatis humanae*», y cuando Juan Pablo II, desde el inicio de su pontificado, defendió esta libertad, estaban de acuerdo con la mejor tradición cristiana. En realidad, la «Declaración de los Derechos humanos y del ciudadano», proclamada solemnemente por la Revolución francesa, respondía plenamente a las exigencias del cristianismo primitivo.

Claro que todo depende de cómo se entienda esa separación. El 27 de noviembre de 1975, en la misa de acción de gracias con motivo del inicio del reinado de Juan Carlos I, el cardenal Tarancón habló de separación con cooperación, porque tanto el Estado como la Iglesia trabajan en favor del bien común de los ciudadanos. La historia de Europa, a partir de Constantino, manifiesta la permanencia de este modelo de distinción entre política y religión, pero con una colaboración permanente. En los dos últimos siglos, amparados en el dogmatismo de la revolución francesa y del liberalismo, se ha pretendido dar gato por liebre, interpretando esa separación como marginación

¹ Juan M. Laboa, «Historia de los papas». Madrid 2005, pp. 78-80.

absoluta del sentimiento y de las prácticas religiosas. Es decir, resulta necesario distinguir entre la laicidad del Estado, que se construye poniendo en práctica el arte de la separación, y el laicismo de determinadas tradiciones políticas, que exigen un repliegue de las creencias religiosas a la vida privada; un laicismo que no es patrimonio de la izquierda o de la derecha, sino de quienes ignoran las diferencias entre ética pública y ética política.

Esta no fue, sin embargo, la idea de Adenauer, De Gasperi y Schuman, auténticos padres de la Europa nueva y católicos, quienes pensaron también en los frutos de orden espiritual y humano que podrían darse al poner en común el rico patrimonio de Europa con el pleno respeto a las religiones y a las genuinas libertades. Nadie pensaba que, actuando así, se volviese a los tiempos del confesionalismo, aspiración que no es auspiciada por nadie y que resultaría dañina en tiempos de pluralismo.

Es decir, volver al dicho de Jesús significa en la concepción cristiana tradicional respetar la peculiaridad propia de Dios y del César, no para enfrentarlas sino para que sean capaces de colaborar en la búsqueda de una sociedad más justa y más fraterna.

LA TRADICIÓN RELIGIOSA EN LA TRADICIÓN CULTURAL

Las tradiciones culturales y religiosas son fundamentales para entender el pasado, el presente y el futuro de Europa. En ellas hay elementos religiosos de los que no podemos prescindir. Conocer la cultura europea es también conocer los universos simbólicos con los que se han conseguido las expresiones artísticas y culturales que han marcado la vida europea.

Cuando el cristianismo aparece, en el imperio romano predomina en todos los ámbitos la cultura grecorromana. Es una de las raíces imprescindibles de Europa, tan presente en nuestro pensamiento y talante cultural. Pero no se transmitió y llegó a nosotros en estado puro sino impregnada, moldeada, transfigurada por el cristianismo. Éste, desde sus primeros tiempos, creó una nueva literatura cristiana, puso las bases de un nuevo arte cristiano y, sobre todo, conformó una nueva sociedad, basada en una renovada concepción del derecho, que al principio convivió con la antigua hasta sustituirla por absorción.

Habría que recordar también el inicio y desarrollo del monacato cristiano, que ejerció una incalculable influencia histórica y espiritual sobre la civilización cristiana. Con la caída del Imperio romano y la invasión de los bárbaros, la Iglesia quedó como única representante de la cultura superior, de forma que la relación entre cultura y religión resultó más estrecha que nunca. Dentro de la civilización occidental el cristianismo fue el principio de unidad moral capaz de dar a los pueblos occidentales los valores espirituales, las normas morales y la concepción de un derecho divino del que toda ley extrae su validez y su sanción.

Sin el cristianismo hubiera existido indudablemente alguna forma de civilización en Occidente, pero se hubiera tratado de una civilización diversa del todo de la que conocemos, porque sólo como cristiandad o sociedad de pueblos cristianos las tribus, los pueblos y las naciones de Occidente adquirieron una conciencia común y un sentimiento de unidad cultural y espiritual.

Ahora nuestra civilización moderna occidental ha sucedido y es la heredera de la civilización cristiana. Sin esta última nunca hubiera existido, pero su situación actual resulta confusa, no sólo porque ha abandonado muchos de sus valores cristianos sino también porque desconoce su pasado y, a veces, parece rechazarlo. Sin embargo, esta cultura secularizada lleva innumerables signos de su origen cristiano y contiene tradiciones vivas e instituciones cristianas, aunque no siempre permanezcan integradas en la estructura orgánica de la cultura. No tienen por qué resultar incompatibles los logros fundamentales de la civilización cristiana con los propios de la Ilustración y la tecnología, porque provienen de una inspiración común.

DOCTRINA, PRESTIGIO Y TESTIMONIO

En este repaso conviene tener en cuenta algunas de las instituciones y circunstancias propias del cristianismo que fueron capaces de conformar la mentalidad y el talante cristiano. Recordemos en primer lugar la institución del catecumenado. Durante los tres primeros siglos nadie podía recibir el bautismo sin antes participar en un proceso de formación prolongado, severo e intenso. Este punto resulta clave para comprender el cambio de mentalidad de aquellos cristianos nuevos. La formación integral del cristiano a través de una catequesis modélica, de un ambiente familiar consecuente y del acompañamiento de la comunidad, que ejercía un auténtico padrinazgo responsable, influyó notablemente en la formación de una mentalidad, unos valores y ritos, una cultura y costumbres, que serán los de la Europa cristiana. Obviamente, no desaparecía el pecado, pero quien daba el paso sabía por qué lo hacía, qué se le exigía, cómo debía actuar y responder en las diversas circunstancias. Sabían por qué creían y eran capaces de dar razón de su fe. Y así dieron paso a una cultura cristiana, porque el verdadero criterio de una cultura cristiana consiste en la medida en que una vida social se basa en la fe cristiana. Dado que el cristianismo depende de una fe vivida y no simplemente de una tradición social, la cristiandad debe renovarse en cada generación y para ello resulta imprescindible un renovado proceso catecumenal.

La conversión masiva posterior a Constantino y el hábito de bautizar a los recién nacidos dio paso a un cristianismo masivo, menos exigente y menos coherente. Desde ese momento se pudo ser cristiano por muchos motivos, algunos de los cuales escasamente honrados, y, consecuentemente, se recibía el bautismo sin estar preparado para ello.

La generalización de esta situación desembocó en una religión preponderante, influyente y dominante, pero, al mismo tiempo, a unos creyentes incoherentes, ignorantes, desconcertados. Incluso si estaban convencidos, no sabían por qué ni tampoco de qué. Pi i Margall, a finales del siglo XIX, acusaba al pueblo católico español de ser el más ateo de todos los europeos y, tal vez, no andaba descaminado del todo. No podemos decir que se tratase de un pueblo cínico ni de una religión mixta y sincretista, pero lo que sí sabemos es que, a menudo, sin dejar de ser creyentes, eran enormemente ignorantes e inconsecuentes. Todavía hoy, cuando leemos las contestaciones a numerosas encuestas, nos quedamos con esa amarga sensación de que desconocen lo más elemental y de que son incapaces de integrar el mundo y la cultura en la que viven con las exigencias de su fe. El mayor reto del cristianismo actual no es otro que el del cristianismo primitivo, el de promocionar la calidad y la identidad por encima del número.

La historia de la catequesis se confunde con frecuencia con la historia de la evangelización. Los catecismos pictóricos americanos, al igual que el arte medieval de las vidrieras, llamado «Biblia de los ignorantes», esa extraordinaria catequesis de los misterios cristianos hecha piedra y colores; las inefables predicaciones de san Vicente Ferrer y de tantos predicadores a lo largo de los siglos, entrelazadas con impresionantes representaciones de teatro en las fachadas de las iglesias, el teatro americano integrado en la liturgia de los sacramentos, así como las procesiones y peregrinaciones que permanentemente han acompañado la celebración de las grandes festividades, son otras tantas fuentes de cultura y de conformación de una mentalidad determinada.

¿Cómo hemos sustituido en la actualidad estas formas de catequesis y de modulación de nuestras vivencias cristianas? Aceptando mecánicamente la modernidad hemos sido poco críticos y poco creativos. Hemos abandonado, a menudo, las formas del pasado sin sustituirlas con unas nuevas más acordes a la nueva mentalidad. Hemos echado por la borda la tradición sin sustituirla con nuevas tradiciones o, por el contrario, hemos mantenido contra viento y marea ritos y costumbres que tuvieron sus razones en su tiempo, pero que hoy no significan absolutamente nada.

Recordemos también la preocupación por la enseñanza, presente en Ireneo, en Orígenes, en los Padres, en los monasterios, en las escuelas episcopales y en las universidades. Todos estos cauces han constituido el gran río de la enseñanza cristiana a lo largo de la historia.

En nuestros días muchos de nuestros conciudadanos desconocen las figuras y las historias de la Biblia, los personajes evangélicos, los grandes pasos de la doctrina cristiana. Esta laguna no sólo repercute en su vida religiosa, sino también en su vida cultural, porque les impide comprender buena parte de nuestra pintura y escultura, de la literatura y teatro clásico e, incluso, de nuestras expresiones y dichos más populares.

A lo largo de la historia del cristianismo, la familia era el cauce decisivo de formación y, sobre todo, de transmisión de la fe. En nuestros días este cauce sustancial se ha interrumpido y los resultados están a la vista de todos. Sin embargo, nada ni nadie puede sustituir este rol de la familia cristiana.

LA FORMACIÓN DE EUROPA Y LA HISTORIA DE LOS PAPAS

Para quien estudia la historia europea medieval resulta sorprendente el papel que tuvieron los papas en la educación de los pueblos, en el nacimiento de nuevas naciones, en la codificación escrita de lenguas sólo orales, en la transmisión de la cultura clásica y, en general, en la evangelización del continente.

LOS FINES DE LA EUROPA QUE PRETENDEMOS

Apelar a las raíces cristianas es preguntarse por los fines que ha tenido y debiera tener Europa. Las raíces no sólo tienen una dimensión arqueológica, sino una dimensión teológica; no son nudos que nos atrapan en el pasado, sino trampolines que nos impulsan y proyectan hacia el futuro. Recuperar la primacía de lo espiritual en la consideración de la persona es iniciar proyectos subversivos de cambio, liberación y justicia social. La espiritualidad propia de las raíces cristianas no es el espiritualismo descarnado del yogui o del asceta, sino el propio de quienes constituyen una sociedad de hermanos hijos del mismo Dios Padre.

El cristianismo expresó su lenguaje a través de la vida, la santidad y el testimonio de sus miembros y, de manera especial, de sus misioneros, manifestando su capacidad de transformación y renovación por medio de las consecuencias sociales de su doctrina. Así se afianzó y transformó los grupos sociales por medio de la cultura que fue segregando en el transcurso del tiempo. Los mártires y los santos, los ascetas y los místicos, los grandes orantes y quienes dedican su vida a la alabanza divina, como modelos de vida; la ayuda a ancianos, viudas, huérfanos y, en general, toda clase de necesitados; la presentación de la doctrina con el lenguaje y los símbolos que mejor pueden ser entendidos: he aquí las constantes que marcan y acompañan el desarrollo y el afianzamiento del cristianismo.

Recuperar la primacía de lo espiritual es reconocer el absoluto dominio de Dios en nuestra vida. Santa Teresa expresó esta verdad de manera espléndida: «Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda; la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene nada le falta: sólo Dios basta». Así lo vivieron los apóstoles, quienes entregaron su vida por Cristo; los monjes del desierto, que protestaban por la mundanización de la Iglesia; los peregrinos por Cristo y los grandes misioneros me-

dievales, que consiguieron integrar a los pueblos llamados bárbaros en la Europa romanizada. En la historia cristiana encontramos mucho pecado y mucha gracia, pero difícilmente encontraremos en la historia un grupo humano con tanta generosidad y tanta entrega en favor de los hermanos y de una sociedad mejor.

La Europa que buscamos no puede contentarse con ser una unión económica de mercaderes, por útil y conveniente que sea, sino que tiene que constituirse alrededor de valores, de ideales, de proyectos que respeten y enriquezcan la persona humana en cuanto tal. Juan Pablo II pronunció en la catedral de Santiago de Compostela el 9 de noviembre de 1982 las siguientes palabras: «Europa, vuelve a encontrarte; sé tú misma; descubre tus orígenes; aviva tus raíces; revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes; reconstruye tu unidad espiritual en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades. Da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. No te enorgullezcas por tus conquistas hasta olvidar sus posibles consecuencias negativas. No te deprimas por la pérdida cuantitativa de tu grandeza en el mundo o por las crisis sociales y culturales que te afectan ahora. Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo. Los demás continentes te miran y esperan también de tí la misma respuesta que Santiago dio a Cristo: lo puedo».

Por primera vez en la historia humana se predica en nuestros días en una sociedad donde parece que no se necesita de Dios, donde todo parece explicarse sin acudir de alguna manera a la transcendencia. Resulta, pues, imprescindible explicar la religión, demostrar su necesidad y su prestigio. Es lo que hicieron los Padres de la Iglesia al presentar el Evangelio, explicando sus doctrinas, dando relumbre al papel de la Iglesia en la sociedad. Desde Ireneo y Justino a las escuelas catedralicias o las universidades medievales, el objetivo era el mismo: presentar la palabra de Dios en palabras humanas adecuadas y conseguir una mutua integración entre fe, testimonio y cultura. La Iglesia en sus momentos mejores ha creado y segregado permanentemente santidad y cultura. Sólo con el Renacimiento y, sobre todo, con la Ilustración se ha producido la perniciosa y dolorosa escisión actual, aunque sigamos considerando inaceptable la idea de que mentalidad ilustrada y cristianismo sean incompatibles. Los cristianos nunca buscaron aislarse en su caparazón o condenar sin más un horizonte positivo, sino que buscaron crear, transformar, renovar y «bautizar» lo existente.

La cultura, obviamente, tiene mucho que ver con la dignidad del hombre. El cristianismo, al aparecer en la sociedad del mundo antiguo, trastocó por completo los datos del problema, al exigir la igualdad por naturaleza y esencia de todos los seres humanos. Iguales por tener todos un alma inmortal, por tener todos la posibilidad de salvarse, por ser todos hijos del mismo Padre. La defensa de los derechos humanos constituyó durante siglos la consecuencia inmediata de la práctica de la doctrina evangélica.

Por todas estas razones, buscar nuestras raíces no constituye una tentación arqueológica, sino un primer paso para construir nuestro futuro. De hecho, la propia

bandera de la Unión europea está inspirada en el cristianismo. En la vidriera de la catedral de Estrasburgo aparece la Virgen bajo una corona de doce estrellas amarillas sobre fondo azul, lo que inspiró a Arsène Heitz, diseñador católico, para la realización de su bandera europea, que resultó finalmente elegida entre un centenar de proyectos. El 21 de octubre de 1956 flameó por primera vez la bandera europea en un edificio público: la catedral de Estrasburgo. Hay que recordar que nunca ha habido doce Estados en la Unión.

EL TESTIMONIO PERSONAL, ORIGEN DE LA PRESENCIA Y CULTURA EUROPEA

En nuestros días, al reivindicar las raíces cristianas, hay que tener autoridad y humildad para dar testimonio público de la fe. La fe en Jesús que transmite la Iglesia no es un tesoro que se pueda guardar, sino que es, más bien, un riesgo que se asume cuando se pretende dar un sentido a la vida. En la Iglesia Dios no se anuncia con prepotencia, sino mediante el testimonio de la paciencia.

«En esto conocerán que son mis discípulos». El testimonio de vida constituyó durante los primeros siglos el aval de la verdad del cristianismo. La fe en Jesús los transformaba y su vida impresionaba a los paganos. Desde entonces, en la catequesis como en la homilía, se ha insistido en la exigencia de ser coherentes con la propia fe y en la necesidad de dar testimonio personal y coherente. El testimonio se enfrenta radicalmente con el pasotismo, el relativismo y el individualismo.

En América, en el sistema de encomiendas, latía este mismo principio. Cada español acogía a un grupo de indios, quienes, por una parte, le ayudarían en su trabajo y, por otra, aprenderían de él a ser cristianos. El pecado impidió que el sistema tuviera todo el éxito esperado, pero resulta claro el propósito de quienes lo formularon. Otro tanto podría decirse de África. El testimonio de los cristianos, en estos casos, no fue, generalmente, entusiasmante, pero los misioneros fueron, a menudo, los defensores de los indios y africanos frente al egoísmo y codicia de los cristianos. En realidad, el número de los santos siempre ha sido limitado y el de los mediocres infinito. Por eso, todo evangelizador predica y anuncia a Jesús y, al mismo tiempo, arroja a los mercados que siguen considerándose cristianos, aunque afirmen que nunca han visto a Jesús hambriento ni desnudo.

¿QUÉ ES LA LAICIDAD?

Importante tema, sobre todo, en nuestros días. Sólo lo enuncio como necesario en una reflexión que pretenda abarcar los datos del problema. En nuestro caso, las instituciones europeas están obligadas a gestionar las libertades religiosas, no a considerarlas

problemas privados. Las constituciones europeas garantizan la libertad religiosa de los ciudadanos, y ello significa entender las prácticas religiosas en clave de respeto y como una aportación relevante y positiva a la construcción de los proyectos públicos en una ciudadanía compartida.

EUROPA, ESPACIO DE COMUNIÓN

El cristianismo mantuvo una eclesiología de comunión y se consideró una sociedad de hermanos. Durante los tres primeros siglos de nuestra era cualquier cristiano tenía derecho a ser recibido en la comunidad y ésta tenía la obligación de cuidarle. Los benedictinos, más tarde, recibían y hospedaban a los forasteros como si se tratasen de Cristo. En los Hechos de los apóstoles aparece un intento que no cristalizó, pero que indica una mentalidad y un propósito: la bolsa común. Los cristianos entendían la Iglesia como participación, como familia, y trabajaban y rezaban juntos, preocupándose por los problemas de los demás. Toda comunidad se sentía responsable de cada miembro, de sus dificultades y necesidades. Su planteamiento social constituía una proyección y consecuencia de esta eclesiología. Todos se sentían hermanos solidarios. Los creyentes encontraban en la comunidad calor, acogida y solidaridad.

Esta Europa nuestra, moderna y rica, pero con grandes problemas de cohesión, se ha convertido en una sociedad poco acogedora y excluyente. Frente a ello y ante el enorme fenómeno de soledad tan presente en el mundo moderno, por el individualismo galopante y por el aumento generalizado de la edad de las personas, la Iglesia debe desarrollar su espíritu tradicional de acogida: del pobre, del abandonado, del solo, del desconcertado, del errante, del buscador... También para esto resulta necesario conocer nuestras raíces. Sólo así ofreceremos a nuestros conciudadanos europeos un espacio de encuentro, de comprensión y colaboración, de acogida y creatividad.

Podremos convertirnos en una minoría, pero tiene que ser creativa y con una identidad clara, tal como afirmaba Toynbee: el destino de una sociedad depende de minorías creativas. Los cristianos creyentes en la Europa contemporánea deberían concebirse como tal minoría creativa y contribuir a que España y Europa reconquisten nuevamente lo mejor de su herencia y se pongan al servicio de la humanidad.